



# EL COFRE DE NADIE

CHIKI FABREGAT









GRAN  
ANGULAR

# El cofre de Nadie

CHIKI FABREGAT





**fundación sm**

**La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.**

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en [www.fundacion-sm.org](http://www.fundacion-sm.org)

## LITERATURASM.COM

Primera edición: mayo de 2021

Edición ejecutiva: Berta Márquez  
Coordinación editorial: Xohana Bastida  
Coordinación de diseño: Lara Peces  
Cubierta: Julián Muñoz

© del texto: Chiki Fabregat, 2021

© Ediciones SM, 2021

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-1392-149-5

Depósito legal: M-6613-2021

Impreso en la UE / *Printed in UE*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Alejandro y el grupo de los viernes,  
mi pluma de Dumbo.*



Para Nadia, los sábados son días de desayuno gordo, de tortitas con chocolate y zumo recién exprimido. Son los días de desayunar en familia, si a un núcleo de dos y medio se le puede llamar familia. Rut, la novia de su padre, duerme muchos fines de semana en casa y, aunque en el último año Nadia se ha acostumbrado a encontrarla cuando se despierta, sigue tragando saliva para ahogar lo que piensa cuando se la cruza en pijama y con el pelo suelto. La prefiere con el uniforme y el moño alto. La prefiere extraña.

Oye la voz de su padre cuando aún no ha cruzado la puerta de la cocina y por el tono sabe que ella está también. Llena los pulmones de aire antes de entrar.

–Ya creía que no ibas a despertarte.

–Es sábado, papá.

Sobre la encimera hay varios catálogos de agencias de viajes y un montón de folletos de restaurantes de comida rápida que sirven a domicilio. La pantalla del portátil muestra la imagen de una cama envuelta en velos blancos frente al mar.

–Creía –dice Nadia mientras se sienta– que el portátil estaba prohibido en la cocina.

Rut cierra la tapa y sonrío.

–Culpa mía.

–¿Os vais de viaje?

Se miran y sabe, por esa mirada, que le ocultan algo, pero no tiene ganas de jugar a las adivinanzas. Rut se acerca y, cuando le acaricia el pelo, a Nadia se le escurre el tenedor de la mano y mancha de sirope el mantel.

–¿Islas griegas? –dice, pasando el dedo por la mancha de chocolate.

–Solo estamos mirando.

Faltan pocos días para Semana Santa. Nadia y su padre viajan siempre a ver a los abuelos, pero, claro, ahora está Rut y no se la imagina metiendo los dedos en la masa de las croquetas ni acompañando al abuelo a ese bar en el que tapan el vino con un trozo de queso. Y eso que su abuelo se lleva bien con todo el mundo, salvo con los que hablan a gritos y los que miran raro a Nadia porque es negra. «Mi nieta negra», así la presenta siempre, como si tuviera más, como si tuviera otra blanca o azul o amarilla. También habla de su hijo Juan, el médico, como si la profesión sirviera para diferenciarlo de los otros hijos que no ha tenido. Cuando van al pueblo, la abuela prepara comida para alimentar a un albergue y se empeña en recogerle el pelo con mil horquillas, moños y gomas de colores, y Nadia no tiene ganas ni fuerza para decirle que ha crecido. Y la besa todo el rato. Sin parar. Acumulan amor y grasa para dos inviernos y luego se vuelven a Madrid y prometen regresar pronto.

—¿Iré sola a ver a los abuelos?

—Al abuelo lo han ingresado —dice su padre.

El mundo deja de girar por un instante.

—No, no, no te asustes, es solo una arritmia.

Después se enreda en ese lenguaje de médicos en el que le gusta refugiarse cuando el miedo le aprieta la garganta. Y Nadia, que lo sabe, rebaja la tensión:

—No sé si sobreviviré sin croquetas ni moñitos de colores.

—Rut y yo hemos pensado...

—Estaré bien —dice, y señala los catálogos de comida rápida—, tranquilo.

—Puedes venir con nosotros.

Lo dice Rut y su padre asiente, o tal vez es al revés. Da igual, suena tan falso lo uno como lo otro. Por un segundo duda si jugar con ellos, si decirles que sí, que le encanta el plan romántico de tres, para ver cómo salen de la situación.

—El caso —dice al fin su padre— es que son muchos días, Nadia. Nunca has estado sola tanto tiempo.

Rut recoge y amontona los folletos de comida rápida desperdigados por la encimera.

—El barrio se quedará medio vacío y ha habido robos... La casa es tan grande...

—Díselo tú —Nadia busca la mirada de Rut—. ¿A que Érika sí puede quedarse sola?

Érika es hija de Rut y de un piloto sueco o noruego del que su padre prefiere no hablar.

–De hecho... –responde.

La frase se queda en el aire. Se miran de esa forma y luego sonríen.

–Justo estábamos hablando...

Los puntos suspensivos huelen a amenaza, pero Nadia se da cuenta demasiado tarde.

–El padre de Érika está de viaje de novios, así que, si nos vamos...

Y lo entiende todo de golpe. Las piezas encajan una a una sin que pueda hacer nada para detenerlas y se siente imbécil porque, más que caer en la trampa, ha hecho ella misma los nudos y después se ha lanzado de cabeza. Rut no dejaría sola a Érika; pero no porque le preocupe que coma bien, que entren a robar o que necesite cualquier cosa. No se fía. En cambio, todos confían en Nadia. Los profesores, los padres, los compañeros de clase. Si entrase en el supermercado y robase una bolsa de patatas fritas, el de seguridad se creería que ha olvidado pagarla y le pediría perdón por las molestias.

–Con las dos aquí, la cosa sería diferente –dice su padre.

–¿Se lo habéis dicho a ella?

Vuelven a mirarse. Hay silencios que hablan más alto que muchas voces. Rut y su padre son de los que se dicen sin decir, y tal vez por eso parecen tan enamorados. Pero Érika... También Nadia piensa con puntos suspensivos que son amenazas.

–Si a ella le parece bien... –accede al fin.

Y pide en silencio que sea ella quien se niegue.

